

Los alquímicos jardines de Bomarzo

Cada vez que he visitado los Jardines de Bomarzo, ya sea en verano o invierno, cubiertos de frondosa vegetación o bajo el pálido manto de la nieve, he tenido la sensación de caminar sobre un sendero abierto al infinito, o de recorrer las páginas de un libro de símbolos herméticos, como los emblemas de Athanasius Kircher o Alciato. Los textos alquímicos más importantes que se han publicado se han llevado a cabo a partir de signos e ideogramas que el aprendiz debe desentrañar y, en los Jardines de Bomarzo, estos textos están escritos en piedra. Se le ha llamado el “Parque de los monstruos” (*Il Parco dei Monstri*), pero no sólo por las representaciones alegóricas que puedan resultarnos más o menos oníricas, sino porque se trata de un lugar de enseñanza, de algo que debe “mostrarse”, pues como señala Emanuela Kretzulesco-Quaranta (“*Los Jardines del sueño*”, ed. Siruela, 2005) “*las esculturas que lo adornan son conocidas como los ‘Monstruos de Bomarzo’, pero el término debe entenderse en su sentido latino-verbo mostrare-, de cosas que muestran, que aclaran (los conceptos)*”. Este *Bosque Sagrado*, y enigmático, es, en realidad, un itinerario para un viaje misterioso en la búsqueda del conocimiento al fondo de nosotros mismos.

Fue realizado por orden del príncipe Pier Francesco Orsini, apodado Vicino, se dice que ante el desconsuelo que le produjo la prematura muerte de su amante esposa Giulia Farnesio fallecida en 1560. Se encomienda su realización al arquitecto Pirro Liborio quien también se ocupará de culminar la obra de San Pedro a la muerte de Miguel Ángel y llevar a cabo la conocida Villa d’Este en Tivoli (aunque no existe acuerdo al respecto pues muchos ven en estos jardines la mano de Raffaello da Montelupo, Jacopo del Duca, Vignola o Bartolomeo Ammannati). Otros jardines italianos también nos recuerdan la arquitectura simbólica basada en referencias geométricas, aritméticas y herméticas como los jardines de Villa d’Este (Tívoli), Villa Lante (Bagnaia), Médicis (Pratolino), Giulia (Roma), Frascati o Farnese (Caprarola).

Vicino vive de 1523 a 1583 en un ambiente culto y refinado que hunde sus raíces en las tradiciones neoplatónicas de su familia. Su abuelo Franciotto Orsini, era sobrino de Clarisa, la mujer de Lorenzo el Magnífico y había pasado su juventud en Florencia donde recibió la misma educación renacentista que sus primos, los hijos de su tía, de maestros como Marsilio Ficino o Poliziano al cobijo del centro más reputado del conocimiento de la época, la Villa Careggi. Vicino Orsini mantiene correspondencia con las mejores mentes de su tiempo, como se refleja en las cartas con el alquimista francés Jean Drouet, o los encuentros con el núcleo de pensamiento liderado por Renée de Valois, hija de Luis XII, o sus relaciones intelectuales con los más doctos cardenales de su época como fueron Gambara o Farnesio o Madruzzo que seguían la estela de Papas ilustrados como Nicolás V o Pio II que un siglo antes ya se habían abierto al humanismo.

En este ambiente, se desarrolló la vida de ese “peregrino del amor” que fue Vicino y que en el *Sacro Bosco* de Bomarzo luchó por vencer a la muerte de su amada, lo que la alquimia llama *El Triunfo del Amor*, más allá de las puertas de la muerte donde las almas de los amantes vuelven a reencontrarse otra vez en un hierosgamos eterno.

De la maqueta del Jardín parece desprenderse el mismo recorrido que Polifilo realiza en busca de su amada Polia, tal como se refleja en la obra atribuida a Francesco Colonna “*Il sogno di Polifilo*” (la *Hipnerotomachia Poliphili*, publicada en Venecia en 1499 por el editor Aldo Manuzio).

Vicino Orsini y el sueño de Polifilo

En el Sacro Bosco de Bomarzo se pueden encontrar las referencias oportunas que nos permiten identificar estos jardines con el itinerario simbólico que sigue Polifilo en sus sueños.

El *Sueño de Polifilo* (la *Hipnerotomachia Poliphili / Battaglia d'amore in sogno di Polifilo*) es una compleja y enigmática obra que se atribuye a Francesco Colonna, lo que se deduce del acróstico que se deriva de las primeras letras de los treinta y ocho capítulos y que reza así: "*poliam frater franciscus columna peramavit*" ("Frate Francesco Colonna muchísimo amó a Polia") y que autores como Maurizio Calvesi (*Il sogno di Polifilo prenestino*, ed. Officina, 1980) han querido ver a un miembro de una ilustre familia romana, señores de Palestrina, llamado Francesco Colonna nacido hacia el 1430 y formado en la Academia de Pomponi Leto. Se atribuye, comúnmente a un monje dominico de Treviso, apodado Colonna y muerto en Venecia hacia 1517, aunque para a Emanuela Kretzulesco-Quaranta resulta imposible que fuese este el autor y se inclina por atribuirlo a Leon Battista Alberti.

Como quiera que sea, la *Hipnerotomachia Poliphili* es una obra de importante contenido simbólico, y como tal fue utilizada en numerosas ocasiones como libro de cabecera de sociedades mistericas. Así, la Sociedad de la Niebla a la que perteneció Julio Verne, Alejandro Dumas, Gérard de Neval, Gaston Lerroux, Maurice Leblanc, Maurice Barrès, George Sand o Delacroix se reunían a analizar los enigmáticos pasajes del *Sueño de Polifilo* (*Enigma*, Cebrián et alter, ed. Temas de Hoy, 2005); no en vano el personaje principal de la "*Vuelta al mundo en ochenta días*" se apoda Phileas Fogg (algo así como *el que ama la niebla*).

Polifilo, a través de sus sueños deambula en la búsqueda de Polia su amada y sus rutas lo llevan a los más recónditos parajes que lo llevan a soñar dentro del sueño, en una suerte de sueño de ensueños, en el que él se sueña a sí mismo.

Tiene, en su búsqueda, que ir superando una serie de obstáculos y experiencias que le llevan por distintos escenarios en los que se hacen presentes la mitología y las antiguas ruinas de templos y monumentos. El bosque con el que se encuentra al comienzo de su recorrido es el que le inspira un cierto temor y que los mismos Jardines de Bomarzo rememoran en su totalidad. Es como una referencia al *bosque de la materia* que todo lo oculta y donde el neófito se pierde en su espesura, la *selva selvaggia*, la selva oscura...

Polifilo tiene que pasar frente a la pirámide y el obelisco, la estatua del caballo alado, el elefante con otro obelisco en su dorso, los jeroglíficos que debe descifrar, el dragón en la puerta de la pirámide, el encuentro con las cinco ninfas, simbolizando los cinco sentidos, en la fuente, la pirámide sobre el cubo que le recuerda la cualidad trinitaria del ser, la presencia de Venus, los Campos Elíseos, el juego del ajedrez, Marte, el Anfiteatro, el Templo y el adiós final a Polia, recordando que aunque sepulta sigue viva, todas ellas imágenes alegóricas que volvemos a encontrar en el *Parque de los Monstruos* de Bomarzo.

Un "camino" en los jardines

El tiempo y el abandono dejaron que los jardines se fueran cubriendo por la maleza, como ocurrió con casi todos los jardines del Renacimiento, hasta que los viajeros fueron redescubriéndolos. André Pieyre de Mandiargue los describe como "*le jardin endormi de Bomarzo*", el pintor surrealista Salvador Dalí en 1948 se entusiasma con ellos, Jean Cocteau se interesa por Bomarzo, el escritor argentino Manuel Mujica Láinez escribe su *Bomarzo*, o la ópera *Bomarzo* de Alberto Ginastera, todos ellos se van

interesando en su belleza hasta que Giovanni Bettini se encarga de adquirirlos y ponerlos en orden y elaborar una “*Guida al Parco dei Monstri*”.

Dos esfinges vigilan la entrada del jardín, con enigmáticas inscripciones en remedo de aquella que venció Edipo: “*Tú que aquí entras con la idea de verlo de parte a parte, dime luego si tantas maravillas se han hecho por engaño o bien por arte*”; “*Quien no se va de este lugar con las cejas enarcadas y los labios apretados, tampoco sabrá admirar las siete maravillas del mundo*”, preludian un camino lleno de sorpresas...

Al final de la avenida de árboles, el viajero se encuentra con imágenes de Saturno, Jano, y una referencia clara a los números con las columnas de una, dos y cuatro caras con la que nos recuerda el Timeo de Platón, “*uno, dos, tres, pero querido Timeo, ¿Dónde está el cuarto?*” y ello nos conduce a la Gran boca de fauces abiertas y coronada por un astrolabio sobre el que se apoya un fortín de cinco torres que en su conjunto representan los tres planos del conocimiento donde, como el mítico Jonás, debemos ser tragados por el monstruo para poder ascender al fortín superior donde se encuentra la *Ciudad Celeste* coronando los tres niveles.

En tiempos de Vicino, seguía un laberinto de setos que conducía al templo dedicado al Amor, y más adelante, la lucha entre el bien y el mal, en la representación de Hércules descuartizando por la mitad a Caco, el andrógino nos abre dos caminos y un busto de Pan nos recuerda que aquí comienza el itinerario filosófico y poético.

Como en el sueño de Polifilo, una tortuga gigante con un globo en su caparazón y sobre él una bella joven que puede representar la materia en la tortuga y el *Anima Mundi* en la doncella victoriosa sobre ella; y mirando en la misma dirección un Pegaso que está a punto de levantar el vuelo.

Una Harpía con cola de pez, una Sirena bífida y una pareja de leones nos recuerdan el fondo acuático de la materia, que nos sirve de bautismo y no podía faltar, en la tierra, el Oso heráldico de los Orsini que nos regala una rosa.

El cancerbero de tres cabezas custodia el camino que nos conduce a una gran Cara que asemeja a una gruta, pues a ella nos lleva un conjunto de escalones que finalizan en una enorme boca que imprime en su labio superior: *Ogni pensier vola* (todo pensamiento vuela) y en su interior hay una mesa de piedra donde se puede realizar una comida ritual y salir de la gruta renovado.

Luego, como emulando a Polifilo, el caminante se topa con el elefante, en este caso, rematado por una torre, que con su trompa recoge al neófito vestido de guerrero que al alejarlo del suelo lo encarama en la torre donde se supone se refugia en el contacto con la sabiduría. Y más adelante el Dragón luchando con la loba, que como en el sueño de Polifilo custodia la “entrada”, y el ninfeo es decir *el antro de las ninfas* donde el peregrino deberá controlar sus sentidos. Adornan Bomarzo una serie de divinidades mitológicas que nos reseñan, cada una de ellas, ideas y meditaciones, así encontramos a Venus (vestida como una antigua matrona romana), Neptuno sentado, la ninfa durmiente del bosque encantado como el alma que espera ser despertada, Ceres, las tres Gracias, Zeus, Proserpina...

Una de las representaciones más enigmáticas del parque es la Casa inclinada que nos recuerda un mundo que se desfonda, inestable, en el que hay que sobrevivir y superar las dificultades, un verdadero lugar de meditación que en la época de su construcción fue sitio de retiro como lo corrobora una inscripción que atestigua que el cardenal Madruzzo amó este lugar. Y también inclinada, el lecho funerario etrusco, que nos recuerda el pasaje al otro mundo y que la mítica sonrisa etrusca nos sigiere la felicidad del paso a otra dimensión, que en este caso deberá poner el visitante pues el lecho se encuentra vacío. Y finalmente, el Templo de rica factura, donde Vicino Orsini,

como Polifilo, reencontraría a su amada Giulia, al igual que Polia, más allá de la muerte en un jardín que es un himno a la vida, un jardín, un bosque sagrado, donde “se mata a la muerte por la fuerza del amor”.

Juan Manuel de Faramiñán Gilbert
(Artículo publicado en la Revista Esfinge)